

El cedro

(Un cuento de la tradición
oral de Anatolia)*

● ELIZABETH SIEFER

Tres hombres se encontraron en una cabaña en lo alto de la montaña; habían llegado allí a causa de una fortísima tormenta de nieve, y tenían que permanecer allí todavía. Uno de ellos era comerciante de sedas, el segundo hacia negocios con piedras preciosas y con joyas; el tercero, en cambio, no llevaba fardo alguno, sólo tenía un estuche amarrado al cinturón, con algunas navajas y gubias, pues era escultor de madera, y en toda la comarca era muy conocido por su arte.

Allí estaban, pues, los tres, un tanto malhumorados, ya que la estancia no deseada les venía muy mal. Ahora bien, mientras que los dos comerciantes sólo estaban fumando de mala gana, el escultor miró alrededor en la cabaña, descubrió algo de leña y se puso a preparar un fuego; la rendija delgada que servía de ventana podía hacer de escape de humo, y cuando él abrió el revestimiento de madera, una gran franja de luz cayó sobre un rincón de la cabaña. Los dos comerciantes encendieron el fuego y el escultor, por su parte, se fue hacia aquel rincón y se puso a contemplar un leño alto alargado que estaba reclinado contra la pared. Lo sobrecogió la pasión del artista —pasión que siempre reprimía— a que formara una figura humana. Es cierto, el Corán prohíbe la imitación de lo que es el símil de Alá, y sin embargo, por otra parte, aun siendo un buen

* Recopilado por Elsa Sofia von Kampenhoevener.
Versión al español de Elizabeth Siefer.

musulmán.... una vez, una sola vez, y aquí en este páramo, atado por esta horrible tormenta, entre los dos hombres que seguramente sólo estarían pensando en su dinero y a quienes él jamás iba a volver a ver: aquí sí podría cumplirse el gran deseo. Alá, quien comprende todo, y quien perdona todo —seguramente— en caso de que siquiera pudiera penetrar con la mirada estas masas de nieve —Alá seguramente fingiría no ver nada.

Después de tranquilizarse de tal manera, empezó a sacar del estuche del cinturón sus gubias y se puso a trabajar en la bella pieza de madera lisa. Ya al mirar por primera vez el leño, él había divisado la figura que se encontraba dentro, como lo es el modo del verdadero artista y de su visión. Así que sólo tenía que sacar a la mujer que estaba dentro de la madera, y de liberarla, e inmediatamente se echó a ejecutar tal tarea.

Los dos comerciantes, en cambio, estaban ocupándose en luchar con el fuego y el humo; en un principio, no le hacían caso a lo que estaba preparando el escultor. Mas cuando una llama chispeante les indicó lo que estaba pasando allí, se levantaron del suelo y se acercaron lentamente. El escultor, ensimismado del todo en su labor, ni cuenta se dio de ellos y sólo seguía sacando de su cárcel —cada vez de modo más audaz y decidido— a la mujer que estaba oculta en la madera. Entonces, el comerciante de sedas murmuró: “Será una mujer, que Alá nos perdone... voy a buscar lo que es debido para una mujer.” Y se fue adonde estaban los fardos, junto a la entrada, y los abrió sacando las piezas modelo de las preciosas telas de seda. El comerciante de piedras preciosas observó durante un rato al escultor, y luego dijo a media voz: “Alá Kerim, ¡en serio es una mujer!” Y se fue a un rincón comenzando a sacar las joyas que tenía escondidas bajo su ropa.

Sin darse cuenta de ellos, sin siquiera saber de ellos, el escultor trabajaba en lo que para él era una realización máxima. Ambos comerciantes, al fin, se cansaron de mirar y se acostaron, envueltos en sus pieles, para dormir. Mas el comerciante de sedas le cuchicheó al otro: “Vamos a cambiarnos entre los dos echándole leña al fuego, para que él pueda acabar a la mujer, ¿quieres?” El comerciante de joyas asintió con la cabeza observando que, además, así estarían todos más seguros ante los ladrones.

El escultor, a su vez, nada sabía de que no fuera su obra., ni la fatiga ni el frío, ni el hambre ni la sed —él no sentía nada, sólo estaba en una fiebre creadora, en una embriaguez de la fuerza creadora. Y cuando llegó el amanecer, la obra estaba acabada. Puso las gubias a un lado, se inclinó ante la figura, cruzando los brazos y poniendo las manos sobre los hombros, y dijo a medja voz, con devoción: “Tú, la más hermosa de las mujeres, eres mía, oh, bendita seas, que te hiciste bajo mis manos, y ahora eres mía, solamente mía.” Con estas palabras, cayó al suelo agotado y, durante largo rato, nada sabía de sí mismo. Mas los dos comerciantes habían estado atentos, se levantaron y, de puntillas, sin tropezar con el artista que yacía en el suelo, se acercaron a la figura.

El comerciante de sedas volvió a buscar las bellas piezas de seda y con voz sostenida dijo: “La mujer es hermosa, y ella es mía. Pues quien viste a una mujer, a éste le pertenece. Mira y dime si estás de acuerdo.” Y envolvió la figura con la seda, y ella estaba allí parada, con la sonrisa enigmática que el creador le había dado, mirando hacia abajo, hacia el comerciante. Pero el que traficaba con las piedras preciosas lo empujó hacia un lado, sacó las joyas que había cuidado durante la noche y empezó a colgarlos sobre el pecho y el cuello de la mujer de madera. “¿A quién va a pertenecer una mujer si no al que la adorna con joyas? No hay hermosura que no sea aún más brillante con las alhajas. ¡Ella es mía!”

Y así hablaban los hombres, el uno contra el otro, y empezaron a levantar la voz, de modo que se despertó el artista de su agotamiento y se puso entre ellos, como para proteger a su criatura. “¡Mía es, solamente mía! ¿A quién podría pertenecer si no al que la creó? ¡Necios!” Cuando había dicho estas palabras, un fuerte ventarrón sacudió la cabaña y abrió la puerta de un solo golpe. Los tres hombres, asustados, se hicieron de lado, ya que la mujer de madera empezó a moverse, y era como si el viento le abriera el camino. Caminó lento, como si la estuvieran jalando y empujando, hacia la puerta, y salió afuera hacia la blanca mañana de nieve en la altura, y de nuevo parecía que el viento le abriera un sendero en la nieve. Totalmente fascinados, absortos, sin pensar ni querer algo, los tres hombres le siguieron el camino a la mujer de madera, y como ella se

fueron hacia el gran cedro que estaba allí de guardián, en la cima de las montañas, encima de la lejanía y el silencio.

La figura de la mujer ahora había llegado al bello árbol fuerte, y levantó los brazos y puso las manos sobre el tronco, y con este movimiento todo lo que los dos hombres habían puesto sobre ella cayó al suelo. El tronco se abrió, y la mujer de madera puso el pie en el hueco que se había hecho, mas aún al entrar volteó la cabeza sonriendo al que la había creado dándole forma. El escultor no sabía que él le extendía las manos de deseo; ya había desaparecido la mujer, el tronco se había cerrado de nuevo detrás de ella, y el poderoso árbol estaba allí, sin movimiento, lejos del tiempo, sublime.

“Cada cosa vuelve a su origen”, dijo el escultor a media voz, dio una vuelta, buscó su abrigo, recogió sus gubias desparramadas y se fue caminando, sin saludar, sin voltear la mirada, bajando hacia el valle. Haber conocido la plenitud total una vez en la vida ¿no vale eso todos los conocimientos al artista? Alá Kerim...